

LA MUSICA DE LOS VALLES

Escribe: MANUEL ZAPATA OLIVELLA

El hombre de los valles colombianos, ya sea en las inmediaciones del litoral, como en las llanuras orientales, tiene su manera muy propia de cantar y bailar. Desde luego que el folclor no escapa de las raíces determinantes de toda nuestra música: lo español, lo negro y lo indio. Pero su dinámica, su integración, sus expresiones, tienen allí una forma muy original de aglutinarse y afirmar la psicología del hombre. Su permanencia a la orilla de los ríos, configura su música, entona su copla y alienta sus instrumentos.

Hay, sin embargo, que distinguir entre el folclor musical de los valles del Magdalena, Cauca, Tolima, Huila y ese otro que canta más allá de nuestras cordilleras, medianero entre ellas y las selvas, en los Llanos Orientales. El Paseo y Merengue magdalenense, así como el Torbellino y el Bunde del Tolima, Valle y Huila, tienen en común su ritmo alegre, saltarino, música que se presta al zapateo y a la habilidad del varón, que encuentra así su propia forma de afirmar la destreza en las artes de la doma del toro, del cabestreo de bestias y en la conquista de horizontes abiertos. Las mismas características las comparte el llanero, pero las circunstancias de encontrarse en un medio menos hópito, agresivo y ardiente, modela en él y en su música una mayor dureza que se refleja no solo en la copla combativa, audaz, vigorosa, sino en los pasos habilidosos de sus danzas, de su zapateo corrido y complicado, todo ello, formas y expresiones de un espíritu hecho a la conquista de la naturaleza rebelde y tosca. El Galerón Llanero y el Joropo colombiano, canciones vagabundas y libérrimas como sus propios hombres, galopan de uno a otro extremo de los Llanos, expandiéndose sin delimitarse siquiera a la topografía política, siendo tan colombianos como venezolanos.

Desde el punto de vista racial, hay en la música de los valles otra similitud innegable. La circunstancia que el negro como boga hubiera sido elemento primordial en la navegación de los ríos colombianos, dio oportunidad para que mucho antes de la conquista y expansión de la cultura por las llanuras, imprimiera al canto un acento que ya no pudo abandonar

cuando se explayó fuera de las embarcaciones, sobre los lomos de los caballos. Torbellino, Bunde, Galerón Llanero y Joropo, tienen muchos timbres de mulatería. En el Bunde adquieren señalada importancia los instrumentos de percusión. La carrasca, que no es otra cosa que una variedad de la guaracha magdalenense, igual que las maracas, están ligadas al folclor de los negros. El llanero, que parece haber olvidado los instrumentos de percusión, como sucede con el andino, se vale del golpe acompasado sobre el cuerpo de la guitarra o del tiple para testimoniar que el ritmo de los tambores no ha escapado de su alma.

Los oficios imponen el uso de determinados instrumentos musicales. El vallenato magdalenense se aficiona al acordeón porque se adapta a sus correrías de vaquero. El instrumento a mano le basta para dar rienda suelta a la emoción que conlleva la nostalgia por la mujer que quedó atrás, por la ausencia de la tierra que reclama sus pasos y porque le ayuda a improvisar la ocasional fiesta en el rancho extraño que le hospeda por una noche, como una pausa, en su peregrinaje. Se comprende entonces que sobren otros instrumentos de acompañamiento, como la tambora, más propensa a la jarana de grupos musicales, que es compañera de hombres solitarios. Lo mismo que sucede con el acordeón en el Magdalena, acontece con la guitarra o el tiple en los vallunos, en el vaquero huilense, o en el llanero oriental. Basta y sobra la compañía del instrumento manuable que se acurruca sobre su espalda y que no le incomoda en el ajeteo de la cabalgata. En la hora del reposo, en torno al ganado que pasta sediento, surge la melodía rasgada del tiple y con ella la voz potente del Galerón o el Joropo que recoge sus sentimientos de peregrino. Otro instrumento, muy ligado a estos centauros, igual en los llanos colombianos como en el cow-boy estadounidense, es la armónica. No es extraño encontrar en el bolsillo o en sus alforjas su pequeño cuerpo, que con solo llevarse las manos a nivel de la boca, les permite encontrar una gama musical que llena su soledad como una sombra que brotara de sí mismos. Podría deberse a esta necesidad de llevar siempre a la mano un instrumento sencillo, la reducción de la guitarra a las estrechas dimensiones del tiple, y aún más del cuarto, usados por los llaneros.

A propósito del Joropo, veloz y andariego como sus amos, cabe hablar aquí de las presuntas fronteras del folclor en hispanoamérica. Colombia tiene sus límites musicales muy entreverados con las repúblicas vecinas. Pese a que el Joropo ha sido elevado a la categoría de música nacional venezolana, nuestro llanero advierte en él sus sentimientos como cualquier hijo del Zulia o el Orinoco venezolano.

También se encuentra una raíz común en la música del litoral Pacífico colombiano y panameño. El Tamborito y la Mejorana de Panamá no han olvidado que sus abuelos y primos viven en este lado de la costa, danzando y cantando la misma tonada.